

Para cuando el número 68 de nuestra revista haya de ver la luz, ya tendremos volando y surcando los cielos toledanos, a los vencejos, esas aves migratorias que, entre las de paso, son las de más breve estancia entre nosotros, pues vienen a mediados de Abril para, después de anidar, volver con sus rastras por finales de Julio a las tierras cálidas del Oriente medio. A Toledo, como a todas las poblaciones antañonas, generalmente con viejas paredes llenas de grietas y agujeros vienen, estas aves, en cantidades ingentes, y cuando por mediados de Junio sus crías, tres o cuatro por pareja, reciben el bautismo del aire, no es hiperbólico afirmar que, entonces, al volar todas juntas, hay ocasiones en que producen fuertes sombreados en la luz solar.

Las especiales características del emplazamiento toledano en esta cumbre rocosa —nido de águila como le llamara Pérez Galdós— hacen que, mejor que en otros lugares, se les pueda observar en los fuertes desniveles de la ciudad, y desde los paseos altos, el Miradero, San Cristóbal, el Tránsito o la Virgen de Gracia, todos dando vista al Tajo, se ve el trenzado de sus arabescos en el aire, y en esos días estivales de ventoleras fortísimas, parece como si todos se dieran cita para salir a volar voluptuosamente, y como en desafío a ese poderoso elemento, probar cuánta es la fuerza y poder de sus alas. ¿No os habeis fijado en ello? Es curioso observarlo. Se dice que la rapidez de su vuelo alcanza, en ocasiones, hasta los 200 km. por hora, aunque ahora ellos, unos de los más grandes dominadores del espacio, se sientan empujados y hasta avergonzados ante los modernos reactores que los 500 ó 600 los rebasan en vuelo normal.

Cuando en esos días les envuelve una violenta ráfaga de viento parece que, como dominados, vuelan a su impulso y merced, dando la sensación de que van a estrellarse contra una torre, en una cúpula, en la primera pared frontera, pero, pese a su fantástica velocidad, les basta un ligero movimiento del timón de su cola para frenar, casi en seco, aquel supersónico volar. Otras veces, al mismo tiempo, enarcan sus alas y en poderoso movimiento ascensional llegan a perderse de vista en la bóveda celeste. Después, las pliegan, y por la fuerza de la inercia, descienden a ritmo de fantasía y

ARABESCOS EN EL AIRE

en bandazos inverosímiles trazan, en el aire, las más audaces curvaturas, los más valientes y atrevidos arabescos, todo planeando, sin mover las alas, como lanzados por una cata-pulta.

Cuando en esos tormentosos días del estío vuelan alto, sucede, como es frecuente, a una violenta racha de aire, otra de calma, y entonces al alzar la vista hacia el cobalto o añil del cielo, se ve el magnífico espectáculo de parecer que en aquel ha quedado como imprimada la belleza del calado de nuestras mantillas de Almagro o la estampación de una rejería diseñada por uno de nuestros soñadores orfebres.

En las calles estrechas donde tienen su morada han de atravesar la barrera de los varios tendidos de luz, teléfono y otros, siendo verdaderamente prodigioso y hasta casi providencial que a la velocidad que entran en los agujeros, que más que entrar parecen incrustarse, no se produzcan gran número de víctimas. En bastantes ocasiones nos hemos parado a observar este particular, siendo escalofriante verlos pasar a distancias milimetradas que las salvan con su aguda y privilegiada vista.

Cuando por mediados de Julio en uno de esos días calmosos y pesados del estío, se les ve con su casi mareante volar por las puertas catedralicias, por las que pasan rozando sus arcadas góticas, parece que lo hacen como aprendiendo a vencer dificultades, o en plan de divertimento o en signo reverencial hacia el edificio más representativo de la ciudad, y esto, que muchos toledanos han visto aunque no todos hayan captado, es un espectáculo, un bello espectáculo, que nos permitimos recomendar ya que a la par que es bello, es gratuito.

De pequeño pico, boca rasgada, cuerpo duro, macizo y escurridizo, de ala recortada, de plumaje pardo membranosa, fuerte, vigorosa y larga, hasta de 40 cm. de envergadura en algunos casos, estas aves dominadoras del aire, voladoras incansables, pues a excepción del descanso y la procreación, todo lo hacen volando; comen, beben y hasta buscan los materiales de sus nidos, pajas, semi-

llas, plumas, hilos y algodones, que aglutinan con su saliva; estas aves, decimos, que en los días estivales de

fuerte viento trenzan en el aire los más atrevidos arabescos, son grandes benefactoras de la agricultura y de la humanidad, porque sólo tienen por alimento los mosquitos, de los que engullen cantidades astronómicas, tanto, que en muchas ocasiones se ven obligadas a suspender sus vuelos para reposar en los nidos e ir digiriendo las amacizadas pelotas mosquiteriles que en los buches se les forma.

¡Y qué contraste! Estas aves tan enamoradas y prepotentes en el aire y tan burladoras del viento, cuando una circunstancia fortuita les obliga a aterrizar, quedan tan indefensas, que si es terreno llano y no encuentran desnivel, sus patas cortas y débiles junto a lo largo de sus alas, les impide revolar y remontarse, y en las más de las ocasiones, pagan con la vida su posar en la tierra.

Cuando dan comienzo los primeros calores y con ellos se desarrollan las larvas que tuvieron su gestación en la temporada invernal y las vivificó la primavera, cuando por mediados de Junio las tres o cuatro crías de sus nidos se les incorporan, al recibir el bautismo del aire y surcar con sus progenitores el espacio, forman tan nutridos y apiñados grupos que ensordecen con su agudo y estridente chirlear y ensombreciendo en ocasiones el sol, como decíamos antes, a velocidades de vértigo, se lanzan contra esas nubes de mosquitos que en los atardeceres nublan el horizonte, y a esas plagas les dan una, dos, veinte o cien pasadas que las merman, las diezman, las aniquilan. ¿Os dáis perfecta cuenta de lo que esto es, supone y representa?

Estas aves, que en cantidades asombrosas tan dadas son a venir a Toledo por sus especiales características, donde tan fácil les es anidar en torres, cúpulas, campanarios, iglesias, paredes conventuales y de antañonas edificios, nos hacen bien, mucho bien; y cuando para Santiago se marchan, los mosquitos, por entonces, en las casas, abundan y pican más, y hay que recurrir al empleo de los mortíferos D. D. T. que nos preserven de tan ingratos y molestos huéspedes.

RAFAEL BRUN

